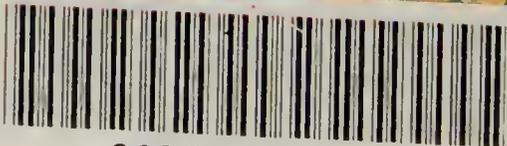


(2)ZBE.5



22101977982







marum zelum commendo, tu exerces, et mira capacitate ad profectum geminaris animarum, multum ad bonum publicum fis, nec satis modo sacerdotalibus facis curis sed regiis: cum Episcopatu, Regno Mexicano profuisti, ac si nihil ageres, cum omnia agas; publicè Pontificem et Proregem, privatim monachum et anachoretam, et cum nulli astrictus religioso Ordini sis, omnium Ordinum instituta collis; imo ideo nulli adstringeris et omnes amplectaris, quos sane amplecteris affectu, imo dixerim et effectu, non modo amore sed observantia. Tui erga religiosos Ordines affectus testis sum: sæpius inter nostra olim colloquia observavi quam reverenter Religiones omnes suspiceres, sæpius quam fervidè imitareris.»

No habla con menos entusiasmo el R. P. Paulo Serlogo, de la misma Compañía, y lo mismo se expresan los jesuitas Juan Antonio Velázquez, provincial de Castilla, y Agustín de Castro, predicador de S. M., á los cuales hay que añadir el P. Claudio Clemente, jesuita también, quien dedica á Palafox sus *Tablas Cronológicas*, «por indicio del agradecimiento que debe á sus favores y por la estimación con que venera en tan gran Prelado y Ministro su mucha religión, sublime ingenio, acertado juicio, exquisitas letras, santos escritos, nobilísima sangre.»

Su Santidad el Pontífice Alejandro VII, y los que después de él ocuparon la Silla de San Pedro, hicieron siempre del V. Palafox, cuando de él hablaron, cumplidas alabanzas; los Reyes de España veneraron con el mayor respeto su memoria; Cardenales, Prelados sapientísimos, corporaciones distinguidas y hombres de gran piedad y talento, dentro y fuera de España, formaron coro con los Pontífices y los Reyes, y sería un volumen de no pocas páginas la colección de peticiones, todas en extremo laudatorias, dirigidas á la Sede Apostólica, en demanda de la beatificación del V. Obispo de la Puebla de los Ángeles.

(39) Á punto de dar á la imprenta esta conferencia, recibo la siguiente carta, testimonio elocuente de cómo permanece viva en las iglesias americanas la memoria del insigne Prelado D. Juan de Palafox y Mendoza.

«La Piedad (Michoacán, República Mexicana.)

»Abril 28 de 1892.

»Sr. Canónigo Jardiel.—Zaragoza.

»Señor de mi respeto: Acabo de leer en nuestros periódicos que V. ha pronunciado en el Ateneo de Madrid una conferencia sobre el V. Obispo de Puebla, Ilmo. D. Juan de Palafox y Mendoza, á quien tanto debe mi patria y la Iglesia mexicana. Dignese usted recibir la felicitación de un obscuro sacerdote mexicano, que aprecia en lo que merecen la abnegación, los sacrificios y los ejemplos de virtud que nos dieron los prelados y los sacerdotes españoles durante tres siglos. ¡Cuánto aprovechará que se conozca la vida de aquellos hombres admirables entre los que tienen lugar muy principal el V. Sr. Palafox, y el primer Obispo de mi Diócesis, Ilmo. Sr. D. Blasco de Quiroga!

»Ruego mucho á V. que se digne de concederme un ejemplar de su conferencia, favor que no merezco, y que por lo mismo agradeceré infinito.

»Ofrezco á V. mis servicios y pongo á sus órdenes la Parroquia que indignamente está á mi cargo, y respetuosamente B. S. M.,

RÓMULO BETANCOURT TORRES.»

LOS FRANCISCANOS Y COLÓN.



ATENEO DE MADRID



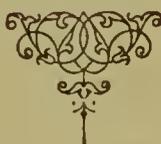
# LOS FRANCISCANOS Y COLÓN

CONFERENCIA

DE LA

SRA. D.<sup>a</sup> EMILIA PARDO BAZÁN

leída el día 4 de Abril de 1892



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—  
1892



## SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando me invitaron á tomar parte en esta serie de lecciones que conmemoran el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, al pronto me arredró (en toda verdad lo digo) mi incompetencia para alternar con los sabios especiales que me han precedido y me seguirán, alumbrando con su doctrina y su palabra los espacios de la ciencia americanista. Sólo cobré ánimos al recordar que los orígenes del descubrimiento de América—el suceso más grandioso que presenciaron los siglos, después de la Encarnación del Hijo de Dios—están íntimamente ligados á los anales de la Orden de Menores, ó, para decirlo en estilo llano, de los frailes Franciscos, cuyo distintivo, el cingulo de nudos, rodeó la cintura del terciario Cristóbal Colón.

Diez años hace que corre impreso un libro mío, prenda de mi devoción, á la vez mística y humana, al Santo de Asís: á aquel de quien pudo decir Emilio Castelar con frase inspirada y magnífica, que «impulsó á la tierra en su carrera por el espacio, y acercó á nuestras manos los apartados cielos donde se transfigura la conciencia»; á aquel á quien Isabel la Católica, á punto de morir, llamaba «*Alférez maravilloso de nuestro Señor Jesucristo*». Sólo el libro á que aludo puede servirme de excusa, ya que no de justificación, para venir á hablaros de la influencia de los Franciscanos en el destino de Colón y en los aconte-

cimientos que juntaron, bajo los auspicios de España, ambos hemisferios del globo terrestre.

Si hubiésemos de ver en el desenvolvimiento histórico el resultado de los juegos del azar; si no creyésemos que hay en la historia ocultas leyes de afinidad que regulan los hechos, diríamos que en otra Orden religiosa cualquiera pudo Colón, lo mismo que en la Franciscana, encontrar eficaz cooperación y auxilio. Mas no pongamos en duda ni un instante esa razón inmanente de la historia universal, esa armonía suprema que domina el fragor de tempestad de las épocas más perturbadas: no repitamos aquella angustiosa interrogación de Claudiano, el poeta de la decadencia:

*Sæpe mihi dubiam traxit sententia mentem,  
curarent superi terras, an nullus innesset  
vector, et incerto fluerent mortalia casu.*

En romance: «Una duda cruel tortura á veces mi espíritu: me pregunto si los dioses se enteran de lo que en la tierra sucede, ó si, al contrario, el mundo fluctúa sin dirección entregado á la casualidad.» Nuestra fe, no ya en la bondad divina, sino en la belleza armónica del mundo, nos enseña que no fluctúa sin dirección, que no lo vemos como incoherente pesadilla, y que cuanto más lo contemplemos, más resplandecerá ante nuestros ojos la inmensa cadena de oro de que hablaba Jordano Bruno, cadena que enlaza entre sí los fenómenos al parecer dispersos, y mejor distinguiremos el designio que todo lo concierta y el poder superior que impulsa al hombre más allá de lo que pudo soñar nunca, y mejor comprenderemos, como lo comprendía Leibnicio, que «lo presente está en cinta de lo futuro, y en lo actual se cifra lo porvenir».

Para manifestar cómo estas afirmaciones optimistas son aplicables al asunto que trato, permitidme que en sucinta reseña os traiga á la memoria algunos antecedentes de la Orden franciscana, de sus tradiciones, significación y carácter propio.

La milicia suscitada por San Francisco de Asís es á la ardiente ebullición religiosa de la Edad Media lo que á la catedral gótica sus caladas, transparentes agujas; la última expresión de un ideal; la quinta esencia más sutil y exquisita del misticismo. Con

San Francisco, la Edad Media asciende el postrer peldaño que la separa del cielo; y como ya no puede subir más; como el sol llegó á su cenit, sólo le resta partirse en infinitos rayos que alumbren y calienten la tierra, y fecundicen los gérmenes contenidos en sus entrañas. Así vemos que desde San Francisco todo se transforma, todo se renueva, todo sufre una crisis preparadora de otros tiempos que ya despuntan. La pintura suelta su vieja crisálida bizantina, y revolotea libre por las creaciones de Giotto: la arquitectura, abrumada bajo la maciza bóveda románica, se yergue y se rasga en atrevidas ojivas: la poesía, encarcelada en las cortes y alambicada por los trovadores, rompe sus grillos y desciende al pueblo, fuente de Juvencio de toda literatura: la naturaleza se rehabilita y el feudalismo vacila en su pedestal de hierro. Y estas metamorfosis son fruto, no de la influencia indirecta, sino de la inmediata acción del Santo. ¿Qué escenas reproduce la nueva falange de pintores? La leyenda franciscana, los desposorios de San Francisco con la dama Pobreza. ¿Dónde se afirma la nueva arquitectura, el templo ojival con su rosa mística y sus aéreas torres? En los conventos franciscanos, en el sepulcro de Asís. ¿Qué cantan los poetas precursores de Dante? Los éxtasis, los milagros del pobrecillo Francisco. ¿Cuándo recobra la naturaleza sus fueros y vuelve á acariciarla el soplo del amor? Cuando Francisco liberta á la tórtola del cautiverio y al cordero del cuchillo, y, nuevo Orfeo, reconcilia á la fiera con el hombre. El verbo que se eleva para maldecir á los tiranos, de boca franciscana sale: los frailes son emisarios del pensamiento patriótico, y, á su voz, Italia adquiere esa conciencia de sí misma que rescata á las naciones.

Con esto sólo ya sería portentosa la obra del Serafín en carne humana; pero otros aspectos hay en ella que ahora nos importan más. Suscitar poetas, pintores, arquitectos, tribunos, penitentes y vírgenes que hicieron del claustro plantel de azucenas, es lo que en la obra de San Francisco corresponde al amor, á la voluntad, al sentimiento; es la parte estética del movimiento franciscano. Veamos el reverso, la otra faz, la práctica y científica.

No podía la idea de San Francisco, tan activa para inflamar los corazones, quedar infecunda en el orden de la especulación

racional; ni podía carecer la Orden de filosofía propia, de un sistema metafísico nuevo ó renovado y adecuado á su concepto del mundo natural y sobrenatural, de la realidad entera. En la Orden de San Francisco, del crucificado moral, del poeta soberano, del partidario del espíritu vivo contra la letra muerta, era donde habían de surgir los filósofos del amor, los grandes místicos. Así como en los mares del globo ruedan dos corrientes principales, la del golfo y la polar, la vasta extensión de la filosofía ortodoxa de la Edad Media se reparte en dos direcciones: la mística y la dogmática, que encarnan respectivamente Franciscanos y Dominicos. La filosofía mística es el supremo esfuerzo del hombre para abarcar lo infinito: tiene alas como de paloma: con impulso delirante quiere ascender á las estrellas: vuela, corta el aire, agota su vigor, aletea rendida.... y baja á descansar en la humilde tierra, donde recoge el sustento.—Así la filosofía mística, comprobando que lo infinito no cabe en nuestra razón, al caer exhausta del tercer cielo adonde por el amor logró subir, recobra su puesto en la tierra por medio del criticismo escéptico, padre del método positivo y experimental, á que se deben los adelantos de la Edad moderna.

Este natural proceso ideológico siguió el pensamiento franciscano, y en la Orden, al lado del radiante y artístico genio de San Buenaventura, alma gemela del alma de Platón, se alzan los que podríamos llamar kantianos de la Edad Media, los pensadores nominalistas, ariete del escolasticismo, enemigos de vanas palabras y artificiosas clasificaciones; los nominalistas, que tal vez no han sido sobrepujados en osadía por ningún positivista moderno. Para demostrar cuán estrechamente se enlaza el misticismo con las tendencias positivas, bastaría recordar el hecho de que el filósofo franciscano por excelencia, el *Doctor Sutil*, Dunsio Escoto, fué el hombre más versado de su época en ciencias naturales, el más profundo matemático, el precursor de Newton, Leibnicio y Wolfio en resolver varios problemas de física y geometría; pero la significación de Escoto en este concepto es menor que la del portentoso franciscano Rogerio Bacón.

No he de probar á aislar en Rogerio Bacón la verdad y la leyenda. Quitadle todo, hasta el ser, en el lenguaje familiar espa-

ñol, tipo clásico del ingenio mediante la *invención de la pólvora*; negad ó triturad los pasajes de sus escritos, de los cuales se desprende que aquel fraile del siglo XIII no sólo inventó la pólvora, sino la navegación por el vapor, los ferrocarriles, los globos aerostáticos, los puentes colgantes, la linterna mágica, el telescopio, el microscopio...; sonreid al leer en ingenuas crónicas que Fray Rogerio consiguió burlar al diablo, porque el diablo era menos listo que Fray Rogerio... y con que le dejéis tan sólo lo que no se le puede regatear, el mérito de haber sentado terminantemente los principios hoy canonizados, el método experimental filosófico, que no se limita á observar los fenómenos, sino que los provoca y reproduce á fin de conocer sus leyes, basta para confirmar lo que me interesa que resalte aquí: que ya desde el primer siglo de su fundación, con increíble rapidez, había recorrido la Orden franciscana el ciclo entero de la especulación filosófica, y el misticismo, como la paloma después de remontarse y rendirse, descendía á recoger el grano en el surco, y por ley ineludible, al extático San Buenaventura había sucedido el analítico Escoto, y de éste se había engendrado Rogerio Bacón, el positivista; siendo de advertir que todos tres fueron pensadores ortodoxos; que lo que voy refiriendo no es la historia de ninguna herejía, y que el espíritu de Escoto y Bacón, aquél tenido por venerable, éste muerto en olor de santidad, debió perseverar en la Orden, y perseveró, como veremos.

Nadie puede negar el predominio de este espíritu en los Menores. Comparad á la Orden de San Francisco con otras dos poderosísimas, que quizá podrían sernos más simpáticas á fuer de españolas. ¿Cómo olvidar que en las milicias de Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola descollaron varones eminentes en sabiduría, astros de primera magnitud, todo un Santo Tomás de Aquino? Pero notad que lo que representan principalmente Dominicos y Jesuítas es la defensa del dogma, la confutación de los herejes, la sumisión de la sociedad civil al poder eclesiástico, la unidad religiosa, inconsútil como la túnica de Cristo. Si suponemos á cada una de las tres magnas asociaciones religiosas representadas por un individuo que encarne sus tendencias, diríamos que la de Santo Domingo la simboliza

un hábil dialéctico, martillo de herejes; la de San Ignacio un político profundo, dominador de tierras y almas, y la de San Francisco un misionero, que sale á predicar las verdades de la fe y vuelve trayendo en sus alforjas de mendicante las conquistas de la ciencia.

No quisiera que sonasen mis palabras de un modo exclusivo y estrecho, ofensivo para alguna de las grandes asociaciones religiosas. La brevedad que me imponen los límites de esta lectura, me manda trazar líneas generales, y desdeñar los aspectos parciales y relativos de la cuestión. Ni es ni puede ser mi propósito sentar que únicamente los Franciscanos tuvieron místicos, filósofos de la naturaleza y misioneros, pues también en las demás Órdenes los hubo; sólo indico que en la Franciscana se ha de buscar su representación más saliente, adecuada á los fines especiales de la Orden y á la originalísima personalidad del fundador. El cual, al dar á sus frailes esta consigna: *Su, miei figli, spargetevi pel mondo e annunziate la pace!* les infundió el anhelo de la aventura geográfica, é hizo de ellos los caballeros andantes de la humanidad. Era el espíritu de San Francisco todo expansión, todo irradiación comunicativa; y como suele ocurrir á los grandes genios innovadores, Colones del mundo psíquico, la tierra conocida le venía angosta, la grey humana era escasa y reducida para su apostólico celo, y San Francisco necesitaba países nuevos adonde llevar la locura de la cruz, y nuevas almas donde trasvenar la efusión de su caridad sublime, grabando con fuego el nombre de Cristo. Desde que San Francisco siente la vocación, apodérase de él una inquietud extraña, un ímpetu de recorrer la tierra, como si el penitente de Asís presintiese, por medio de la aspiración sentimental, el mundo ignorado, las razas nuevas y desconocidas que habían de surgir de los mares.

San Francisco es el primer misionero viajante, el sucesor directo de los Apóstoles. ¿Quién en mejores condiciones que él? El hombre que ha dado su anillo nupcial á la Pobreza; el que se ha descalzado y con los pies desnudos ha pisoteado las vanidades y los bienes terrenales; el que no quiere tener dos túnicas, ni sandalias, ni plata, ni acuñada moneda, sino fe y libertad, ¿qué obstáculos ha de encontrar para trasladarse de un punto á

otro? Los mismos que encuentra la golondrina para emigrar al primer soplo del invierno.

Para San Francisco no había ligaduras de intereses caducos, ni familia, ni hacienda, ni amistad ó amor profano le estorbaban: ciñose su cuerda y partió.—No me atribuyan que supongo en San Francisco el menor presentimiento científico de la existencia de América..... ¿Acaso, hablando con exactitud, lo tuvo Colón? ¿Pues cómo pudiera tenerlo San Francisco tres siglos antes? Lo que sintió San Francisco fué un prurito irresistible y extraño de salir de Europa y llegar hasta los últimos confines de la tierra habitada por el género humano, á las más remotas y desconocidas regiones del Asia y del África; del África, donde ayer anidaba el águila agustiniana, donde de una Iglesia floreciente sólo quedaban ruinas. Eran entonces los países mahometanos una amenaza para la civilización cristiana y un campo de espinas y abrojos que San Francisco quería fertilizar con sangre.—El Santo entró en la primer nave que se daba á la vela para Siria: deshecha borrasca arrojó la embarcación contra las tristes costas de Esclavonia, y detenido el barco para carenarse, á Ancona hubo de regresar el misionero, que, no desalentado por el primer fracaso, decidió pasar al África cruzando tierra española; y aunque frustró su intento la enfermedad que aquí rindió su cuerpo extenuado, ya quedaba señalada la ruta de las Hespéridas á los frailes Menores. Al tercer intento se logró el propósito de San Francisco: las crónicas nos le muestran predicando al Soldán de Egipto, y desafiando á los ulemas á que atravesasen una hoguera encendida, cuyas llamas respetarian al portador del Evangelio.

Dado estaba el impulso. Los Franciscanos habían aprendido á tomar báculo y alforja y andar los caminos del universo. Al saber el suplicio de los cinco protomártires de Berbería, San Francisco casi se desmaya de gozo y bendice al convento de Alenquer «donde brotaron aquellas cinco rojas y fragantes flores». Bendigámoslo también nosotros; porque estos que siguen al Cordero con la estola tinta en sangre, son bienhechores de la humanidad; preparan el suelo para la civilización. Ya encontraremos á los Franciscanos doquiera, donde haya un palmo de tierra no visitado aún por la cruz, siempre nómadas, siempre

dispuestos á la suprema afirmación ante la cuchilla. Les veremos en Nicea tratando la unión de la Iglesia de Bizancio á la de Roma; les seguiremos por las estepas de Tartaria, en busca del misterioso *Preste Juan*, describiendo y dando á conocer aquellas ignoradas regiones; les hallaremos empeñados en convertir á los kanes mogoles y á la *Horda de oro*, y conscientes de la irrupción con que amagaban á Europa las razas amarillas; admiraremos á Fray Juan de Pián Carpino y á Fray Guillermo de Rubriquis, que convierten en exploración científica lo que parecía loca aventura, y diremos con Rémusat, que á los frailes corresponde el mérito de haber comunicado y, por decirlo así, reconciliado la parte oriental y la occidental del mundo. Á fines del siglo xiv, el beato Odorico de Udine explora el Océano índico: de éste y de algunos exploradores más ha perdurado el nombre: ¡cuántos y cuántos yacen en el olvido! Á veces aparécese en Roma un fraile atezado, escualido, quemado por el sol del Asia: nadie sabe quién es: ha salido de misión veinte años antes, y sólo vuelve para pedir más frailes, más segadores, porque la mies está granada y madura. Nótese que desde el advenimiento de San Francisco y la difusión de su Orden y la constitución de la Sociedad Franciscana llamada «de los hermanos peregrinos por Cristo en toda la tierra», sociedad que se restauró y adquirió nuevo vigor en los últimos años del siglo xiv, cambia de dirección la corriente de los viajes en la Edad Media, y el inmenso raudal que se precipitaba hacia Palestina, el movimiento de las Cruzadas, extingüese poco á poco. También irán cesando las caravanas de peregrinos con esclavinas de conchas, que se dirigen á la basilica de Santiago el Mayor, y ya brillan con su postrer esplendor las grandes romerías, los jubileos pontificios al pie del sepulcro de los Apóstoles. Observad cuán evidente progreso á medida que va infiltrándose la idea de San Francisco en las conciencias, cuán superior concepto de la caridad y la fraternidad humana el que ya se impone: ¡al palmero de Jerusalén, al peregrino de Compostela, al romero de Roma, que viajan por bien de su propia alma, para que Dios les remita sus culpas, sucede el misionero, que viaja por bien del alma de todos, para que toda gente conozca á Cristo y para que el universo sea iluminado: el palmero, el peregrino, el romero, van á

venerar reliquias y sepulcros: el misionero va á ensanchar la vida y á renovar las edades históricas! ¿No es cierto que puede decirse, no sin fundamento, que la reunión de los hemisferios del planeta la preparó el espíritu del Santo de Asís?

He oído atribuir á una de nuestras eminencias intelectuales y políticas esta frase: «Los santos están fuera de la historia.» Pues decidme cómo se explica la transformación que sufre la Edad Media para acercarse al Renacimiento, sin la acción de San Francisco, sin su acción *de santidad*, porque el hijo del mercader de Asís ni fué poderoso monarca, ni gran capitán, ni sabio insigne, sino lo que podríamos llamar un *vidente* y un *volente*; para decirlo más claro, un inspirado de Dios. Lo que se intentará significar al excluir de la historia á los santos, es que la crítica debe distinguir entre lo verdaderamente histórico y lo puramente legendario de su biografía. Pero esta distinción es aplicable á cualquier personaje histórico, aunque no le adorne la aureola de la santidad; y no ignoráis, señores, que la leyenda de los personajes profanos es á veces más fabulosa y más difícil de atacar y destruir que la de los santos mismos.

En los primeros años de la décimaquinta centuria, diríase que una brisa palpitante cruza el Océano y trae en sus alas al viejo mundo, el mundo de la historia, voces del joven, el de la leyenda. Ábrese la era de las lejanas expediciones, de las revelaciones náuticas, de las invenciones de tierras, y ya en las Islas Canarias ó Afortunadas encontramos la huella de los Franciscanos, compañeros del descubridor, narradores del suceso. Franciscanos van también en la nave del descubridor de la isla de la Madera, y así como en el siglo XIII querían los frailes italianos bautizar al Kan mogol, ahora los portugueses intentan evangelizar al Preste Juan de Abisinia. De nuestra Península—porque yo no separo ni separaré nunca, á no ser en el sentido de clasificar para mejor entender, las glorias portuguesas y las españolas—de nuestra Península, digo, partió este arrojado, y no es mucho que á nuestra Península viniese á acogerse el hombre de la capa raída, el mareante y pirata Cristóbal Colón. Si cuando Colón puso el pie en tierra peninsular deslumbraba nuestra estrella, triunfaban nuestras armas y se engrandecía por momentos nuestro imperio, la sinceridad me

obliga á declarar que la orden de Menores no se encontraba en su apogeo: habia pasado el gran siglo franciscano. No era, sin embargo, estéril el tronco que entonces produjo al inclito fray Francisco Jiménez de Cisneros, el hombre nacido para el sayal franciscano, un San Francisco á la cabeza de una nación. Mezcla de penitente y conquistador, que ceñía por devoción el cilicio y por patriotismo la coraza, Cisneros, bajo sus apariencias de santo desprendido de los cuidados mundanales, era un ardiente atleta del progreso. Enamorado de la imprenta, por medio de la cual el verbo de la verdad podía fraccionarse sin disminuirse, como el pan de la Eucaristía, Cisneros tomó bajo su protección al arte tipográfico en su cuna, y las ediciones hechas bajo los auspicios de Cisneros no pueden contarse.—Sólo recordaré que entre los libros mandados imprimir por Cisneros se incluían las obras de Raimundo Lulio.—La historia (porque Cisneros no tiene leyenda, ó al menos no ha prevalecido la que intentaron formarle algunos cronistas y biógrafos) nos enseña que el editor de la Políglota, el fundador de la Complutense y del Colegio Mayor de San Ildefonso, el padre de la gran legión tridentina, de los Salmerones y los Láinez, no sólo no es un disidente en la Orden seráfica, sino que es el franciscano por excelencia, el que la reforma, depura y restituye al genuino espíritu de San Francisco, suprimiendo á los relajados claustrales, infieles á la santa pobreza, y entregando sus conventos á los ascéticos observantes, los que representaban las tendencias espirituales del *zelantismo*, costándole á Cisneros su espíritu franciscano encontrar en los manjares de su mesa horrible sabor de ponzoña, y que las manos de su propio hermano, después de moverse á escribir contra el Cardenal un libelo infamatorio, se le ciñesen al cuello para estrangularle—siendo aquellos dos hermanos, el Abel y el Caín, emblema de las dos tendencias de la Orden, las de los puros y la de los estragados en toda relajación.

Cuando vino Colón á España, duraban estas excisiones y estas discordias, y el Cardenal planteaba su reforma con incontrastable firmeza. Pero el convento de la Rábida, punto de confluencia de la misteriosa corriente franciscana y el destino del descubridor, sólo hasta mediados del siglo xv habia durado en poder de los degenerados conventuales que Cisneros perseguía:

al punto de atravesar sus umbrales el genovés, ya estaba restituido á los austeros observantes, de orden del Pontífice Eugenio IV.

De los primeros pasos y gestiones de Colón en tierra española, es tanto y tan bueno lo que aquí mismo se ha dicho, que apenas tocaré este episodio. Créese que Colón llegó de Portugal á España con ánimo de pasar á ofrecer al Rey de Francia el proyecto desdeñado por la Señoría de Génova, la República de Venecia y el Monarca portugués, imaginando que en España tampoco encontraría quien le apoyase, por hallarse concentradas las fuerzas de la nación en los empeños de la Reconquista. Detúvose en Huelva para dejar encomendado su hijo Diego á solícitos cuidados femeniles, y entonces fué cuando, según la opinión más probable, trabó relación amistosa con los frailes de la Rábida. Ya les conociese en la villa de Palos, como indica el texto de Fray Bartolomé de las Casas, ya llegase á la portería cubierto de polvo y fatigado por la sed, con su hijo de la mano, pidiendo «para aquel niño, que era niño, pan y agua que bebiese», como se desprende de la relación del físico Garci-Hernández, lo indudable es que Colón halló en la Rábida lo que más necesita el innovador: el primer ambiente templado por la simpatía, la adhesión y la aquiescencia. En todo punto que se discuta ha de mirarse si la discusión recae sobre algo esencial, ó más bien sobre cuestiones accidentales que no modifican el verdadero sentido de los acontecimientos. Consta que los franciscanos de la Rábida cooperaron activamente á que se realizase el intento de Colón en honra y prez de la patria española: este servicio singular bien vale el discutido vaso de agua, que dieron ó no dieron al cansado niño del gran navegante genovés.

El convento de la Rábida, donde Colón encontró leales amigos y entendimientos abiertos para comprenderle, es un edificio desprovisto de galas arquitectónicas, aunque no de pergaminos y recuerdos. Según un códice inédito—una de esas crónicas seráficas milagreras, ingenuas y encantadoras, que no puede desdeñar el arte, aunque la crítica las pulverice—la erección del templo de la Rábida sube al reinado de Trajano, en el siglo II de la Iglesia. Allí se veneraba el simulacro de la negra diosa Proserpina, que sustituyó en el siglo IV una imagen de la

blanca María, nunca con más razón llamada *Estrella de los Mares*. En el fondo del mar se ocultó la efigie al invadir á España los sarracenos; del fondo del mar salió, como una perla, para ser venerada bajo la advocación de Virgen de los Milagros; y milagrosa llamarán todas las generaciones á la imagen que oyó la última oración del descubridor de América, antes de que sus carabelas levasen el ancla. ¡En lugar de las dos estrellas con que rematan los cuernos de la media luna que huellan los divinos pies de la Virgen de la Rábida, podría un escultor colocar las dos mitades del mundo!

Necesito hacer algunas advertencias, entrando de lleno en lo más espinoso de cuanto en estas lecciones se ha propuesto. Al tratarse aquí de Colón y los problemas de su historia, el mérito del descubrimiento y las condiciones de carácter del descubridor se han juzgado con gran diversidad de criterio, diversidad que refleja la de los autores y libros de más general consulta y autoridad para el caso. Mientras los apologistas del primer Almirante, inspirándose en una biografía de familia y reforzando las sugerencias de la piedad filial con las de la admiración, querían poner á Colón en los altares, sus críticos—porque en justicia no puedo llamarles detractores—pasaban por tamiz las acciones del descubridor, y encontraban en el bronce de su estatua numerosas partículas de barro y escorias impuras. De dos clases son los cargos dirigidos á Colón, no ahora, sino ya de tiempo atrás, desde que los falsos sentimentalismos lamartinianos y las indiscretas apoteosis de Roselly de Lorgues y su escuela despertaron y aguzaron la observación, preparando la reacción negativa.—La primer clase de cargos va contra el *hombre*: estudia el valor moral de sus actos privados y públicos, cuenta sus devaneos más ó menos clandestinos, su ambición, su nepotismo, su dureza y crueldad, su prurito esclavista y su sed de oro, rezagos de sus viejas mañas de corsario y *bucaniero*. Siendo tan graves las acusaciones que en este capítulo se formulan, y aunque de mis lecturas creo deducir que no carecen de fundamento, tengo para mí que no dañan á la gloria de Colón, pues ésta no se basa en las prendas del carácter, en la magnanimidad y hermosura del alma, sino en el hecho de que Colón descubriese el continente nuevo. El alcance de esos cargos es mera-

mente relativo: llenan el fin de vindicar nuestra honra nacional; nos limpian del feo borrón de ingratitude, justificando la conducta de España, sus reyes y consejeros, y mostrando que no fué acto de monstruoso desagradecimiento la prisión, embarque y proceso del Almirante; que no le dimos á beber hiel y vinagre, ni le vestimos púrpura de loco, ni le coronamos con espinas en vez de laurel, ni le dejamos expirar clavado á la cruz de la miseria y del desprecio. ¡Caso extraño! Esta rectificación, que redundaba en descargo de nuestra patria, de nuestros reyes más esclarecidos, es impopular, y yo sé que por aprobarla he de recoger mi parte de censuras. Las sumo á otras muchas que me lleva costado mi afición á la estricta verdad, y paso adelante.

¿No es cierto, señores, que es un enigma, acaso sin más solución que la tendencia á la unidad propia de la mente humana, ese empeño de querer perfectos y sin mácula á los héroes de la historia; ese prurito de confundir la perpetua y constante dirección de la voluntad hacia el bien, distintivo de la santidad, con la especial disposición y luz que puede poseer un ser humano en el terreno de la ciencia, del arte, de la política, de la guerra—disposición que en grado eminente se llama *genio*? ¿Y no es cierto que esta exaltación con que pretendemos asociar lo que Dios mismo quiso distribuir entre varias criaturas—virtud eminente y genio sublime—nos precipita al extremo opuesto, llevándonos á pedir al genio, en el terreno moral, cuentas más estrechas de las que se piden al vulgo? No son las flaquezas de Colón tan enormes ni tan inauditas en su época, que se le pueda calificar de malvado; pero suponed, y es mera suposición, que tan duro epíteto fuese aplicable al genovés; ¿no habría entonces, no habrá ahora cientos de miles de individuos capaces de las mismas faltas y transgresiones á la moral que Colón, pero que viven y mueren sin legar á la humanidad obra bella ni útil, sin pagar el escote de una existencia vacía de sentido, indiferente á la humanidad? ¿Pues por qué la desdeñosa indulgencia que otorgamos á esos anónimos pecadores, á esos zánganos que no melificaron nada, no se ha de convertir en tolerancia respetuosísima, al tratarse de hombres como Colón? Es indudable que nuestro juicio oscila entre dos errores: el primero, negar

los fueros de la historia, exigir que se encubran las imperfecciones del genio; el segundo, no perdonarle al genio, por su regia prerrogativa, lo que por su insignificancia se le perdona á cualquier imbécil.

El otro género de cargos que á Colón se dirige ha escandalizado mucho menos ó casi nada al público que sigue desde lejos los debates de este juicio contradictorio: y, sin embargo, es el único que importa á la fama póstuma de Colón. No se trata ya de la conducta del hombre, ni de las aptitudes é integridad del gobernante, sino del hecho del descubrimiento, interpretado y comprendido hoy de un modo subversivo para las opiniones clásicas ya. Llegando á este punto, el más delicado y grave de cuantos con la historia de Colón se enlazan, necesito escudarme por medio de nombres propios y apoyarme en testimonios respetables y válidos; y empiezo por recordaros que aquel excelso fundador del método experimental, Rogerio Bacon, entre los cuatro obstáculos que se oponen al conocimiento, incluye el conceder autoridad á la costumbre y el temer escandalizar ó irritar á la multitud; y yo, siguiendo la doctrina del fraile que inventó la pólvora, voy á quitar á la costumbre su autoridad toda, y á decir lo que tengo aprendido sin miedo al escándalo. Y como sería insufrible petulancia que hablase por cuenta propia en estas materias, advierto que lo que expondré está tomado de varios autores que juzgo fidedignos, entre los cuales descuelan dos sabios jesuítas, el Padre Fidel Fita, en su estudio sobre *Fray Bernal Buyl*, y el Padre Ricardo Cappa, en su libro *Colón y los españoles*.

Cuando nos representamos el hecho del descubrimiento, solemos figurarnos á Colón rodando por las cortes de Europa con un mundo en la mano, sin que nadie lo quiera tomar: ofreciendo á monarcas y naciones un continente ignorado, sin nombre aún, pero de cuya existencia Colón estaba cierto, y al cual llegaría si se le facilitaban medios materiales. Sobre este modo usual de concebir el hecho del descubrimiento, escribe el Padre Cappa un capítulo con este epígrafe nihilista: *Que Colón no sospechó la existencia de América, ni aun después de haberla descubierto*; y con datos y citas—que yo no he de repetir por no aburrirlos, pues el mismo jesuíta llama á esa prueba testifical pesadísima ta-

rea—prueba la proposición osada y heterodoxa. Al visitar Estados y correr cortes en busca de auxilios para organizar su salida á la descubierta, Colón no pensaba en ningún nuevo mundo, sino solamente en hallar la ruta marítima de las Indias, llegando hasta los dominios del fantástico Gran Kan, «que tenía so sí nueve potentísimos reyes», y visitando á Cipango, isla opulenta, atestada de «oro y especierías, y naos grandes y mercaderes». Sojuzgada la fantasía de Colón por los novelescos relatos de Marco Polo, tomó por continentes las islas y viceversa; soñó en Cuba el *Quinsay* del viajero veneciano; en la Española, á Tarsis y á Ofir, y en la Jamaica le asombró no encontrar, según las noticias de Eneas Silvio Piccolomini, caballos con frenos y pretales de oro. Lejos de figurarse que era descubridor de un mundo ignorado de los antiguos geógrafos, Colón creyó hasta el fin, y explícitamente lo dijo, haber encontrado dirección *por la tierra firme de Asia*, es decir, haberse internado, no en un nuevo continente, sino, por el contrario, en el continente más viejo, el continente primitivo de la historia.

Es necesario, pues, que adoptemos el concepto racional del descubrimiento, y corriamos la idea lírica de Colón peregrinando por Europa con un mundo á costas, como Atlante. Yo me siento doblemente obligada á reconocer que se impone la rectificación, por lo mismo que no quiero adornar á los Franciscanos sino con glorias que les pertenezcan en justicia. La aureola de los frailes de la Rábida, que acogieron á Colón y ayudaron á vincular á España su empresa, sería mayor, más refulgente, si tuviesen conciencia de la magnitud desmesurada del intento. ¿Mas cómo pudo estar América en la cabeza de los frailes de la Rábida, si en la de Colón no estuvo tampoco, ni aun después de descubierta y vista?

Ya entro en una cuestión á mi modo de ver muy digna de que la consideréis atentamente, por más que hasta el día apenas si ha salido á plaza en las discusiones colombinas de este ilustrado Centro. Prestadme oído, y permitidme que vuelva al siglo XIII, á los tiempos heroicos de la Orden seráfica.

Uno de sus personajes más renombrados en aquel siglo, y uno de los hombres más singulares que en España tuvieron cuna, es indudablemente Raimundo Lulio, á quien el martirologio fran-

ciscano cuenta en el número de sus *Beatos ó Venerables*, y á quien reza como á santo el pueblo mallorquín. Raimundo Lulio es popular, merced á la leyenda que le envuelve en sus gasas de oro; leyenda más poética que la de Abelardo, inspiradora del arte y la poesía. La imaginación siempre ve en Raimundo Lulio al enamorado de Ambrosia de Castelló, entrando caballero en fogoso corcel por la iglesia de Santa Eulalia, y cayendo como herido del rayo al mostrarle la dama genovesa su seno que carcomió la horrenda úlcera. No tanto como sus romancescos amorios y su arrepentimiento y penitencia, se conoce al paje de Jaime I por su labor filosófica, y en el siglo XVIII pudo el Padre Feijóo decir de Raimundo Lulio que «por cualquier parte que se le mire es un objeto bien problemático: hácenle unos santo, otros hereje; unos doctísimo, otros ignorante; unos iluminado, otros alucinado». Y añade el docto benedictino: «Aunque algunos aprecian su Arte Magna, son más los que la desprecian», aduciendo el testimonio de Bacón de Verulamio, que llama al Arte Magna *arte de impostura*, y considera á Lulio un alquimista, sólo estimado por gente bachillera y vaniloquia. Nuestro siglo ha vindicado plenamente, no sólo la ortodoxia de Lulio sino sus méritos de pensador insigne, y Renán le coloca á la cabeza de los grandes doctores medioevales que confutaron las doctrinas del comentador Averroes. Pero al lado del romántico trovador y del filósofo ofrece Raimundo Lulio otra personalidad menos discutida y casi olvidada, y es la que aspiro á evocar aquí, por lo mucho que al caso presente interesa: la personalidad del viajero peregrinante por Cristo, la del hombre que representa mejor esa dirección del pensamiento franciscano que he nombrado instinto de la aventura geográfica. Raimundo Lulio fué, en efecto, el Quijote de la misión, el ardiente é infatigable propagandista, lo que hoy llamaríamos un *agitador*, si esta palabra no hubiese contraído cierto sentido denigrante. Anticipándose á las ideas africanistas del Infante de Portugal y del cardenal Cisneros, Raimundo Lulio amó al África más que había amado á Ambrosia de Castelló, pues la amó hasta la muerte, empapando con su sangre las playas tunecinas. Las Cruzadas habían fracasado en el terreno militar; Lulio intentó la cruzada intelectual, y en vez de demostrar á los mahometanos la supe-

rioridad del cristianismo entrando en una hoguera, quiso probarla por medio del raciocinio y del discurso, á fuer de escolástico de pura raza. Español y patriota, Lulio recorre á Europa, instigando al Papa, á los príncipes cristianos, á las repúblicas de Italia, para que conquisten las naciones sarracenas, no con la espada, sino con el entendimiento; consigue de Nicolás III que envíe nuevas misiones franciscanas á aquella suspirada Tartaria de los Kanes, que excitando la fantasía influyó tanto en el descubrimiento de otras comarcas bien diferentes; obtiene de Honorio IV y de Jaime II fundaciones de colegios de lenguas orientales, y desde allí los Menores, instruídos ya, salen á convertir moros, desarrollo completo de los propósitos de San Francisco.

Pues bien: el nuncio del Evangelio entre la gente mauritana; el santo á quien los mahometanos mesaron las barbas y apedrearon por loco, es quizá el único precursor del descubrimiento colombino que no puede ser calificado de fabuloso y quimérico; y si no temiese ofender vuestros oídos y alborotar vuestra inteligencia con una aserción que acaso os sonará de un modo extraño y desapacible, yo diría que Raimundo Lulio es quien realmente *descubrió* las Américas, quedando reservada á Colón, en premio de su energía y constancia, la inmensa honra y fortuna de *encontrarlas* dos siglos después. Os ruego que me permitáis, á fin de paliar este atrevimiento, que exponga los datos en que me apoyo, para que, si hay error, lo excusen, y me ampare el precedente de que personas autorizadas han caído en él antes que yo, fiando en testimonios que creo difíciles de recusar.

Raimundo Lulio, que fué un autor fecundísimo, y cuyas obras forman, en la rara edición maguntina, diez tomos en folio, tiene, entre otros escritos coleccionados en esa misma edición, al tomo IV, un libro *quodlibético*, titulado *Questiones per artem demonstrativam solubiles*. En la cuestión 154, y al proponer la dificultad del flujo y reflujo en el mar de Inglaterra, el *Doctor Iluminado*, nunca más iluminado que en tal momento, la resuelve con las siguientes palabras: «Toda la principal causa del flujo y reflujo del Mar Grande, ó de Inglaterra, es el arco del agua del mar, que en el Poniente estriba en una tierra opuesta

á las costas de Inglaterra, Francia, España y toda la confinante de África, en las que ven los ojos el flujo y reflujo de las aguas, porque el arco que forma el agua como cuerpo esférico, es preciso que tenga estribos opuestos en que se afiance, pues de otro modo no pudiera sostenerse; y por consiguiente, así como á esta parte estriba en nuestro continente, que vemos y conocemos, *en la parte opuesta del Poniente estriba en otro continente que no vemos ni conocemos desde acá*; pero la verdadera filosofía, que conoce y observa por los sentidos la esfericidad del agua y su medido flujo y reflujo, que necesariamente pide dos opuestas vallas que contengan el agua tan movediza y sean pedestales de su arco, infiere que necesariamente en la parte que nos es occidental *hay continente* en que tope el agua movida, así como topa en nuestra parte respectivamente oriental.» Después de leer este pasaje, que más que claro debemos llamar resplandeciente, bien podemos decir con un entendido jesuíta: «La existencia de un continente al Occidente de Europa estuvo científicamente probada por Raimundo Lulio dos siglos antes que Colón lo hallara. Que este continente fuera precisamente la América, ni Lulio, ni Colón, ni nadie lo dijo. *Suum cuique.*» Me asombra tanto más el pasaje del beato Lulio, cuanto que en él veo funcionar aisladamente, por decirlo así, la potencia, la chispa divina del entendimiento humano. Si Lulio—aventurero y viajero incansable, perito en navegar, isleño de aquellas islas siempre arrulladas por el himno del azul Mediterráneo y fronteras á las costas italianas y magrebina—hubiese oído á pilotos, lobos de mar y corsarios algún novelesco relato sobre el Catay ó la tierra de las especias y el oro, y dejase archivada en sus escritos la conseja, ya sería para esos escritos un blasón; pero que de un fenómeno físico como el del flujo y reflujo indujese con precisión tan maravillosa la existencia del nuevo continente, por nadie sospechada ni aun dos siglos después, páreceme un milagro intelectual, que justifica plenamente el nimbo de iluminativa ciencia con que la admiración de su siglo rodeó la frente del solitario del monte Randa.

No en balde aseguraba aquel acérrimo lulista, el Abad cisterciense Pascual, que de todos los autores antiguos, anteriores á Colón, y que Colón podía conocer, «sólo se halla el beato Rai-

mundo Lulio, que cerca del año 1287, por puro discurso filosófico, determinó que era preciso á nuestro ocaso hubiese un gran continente; y por esto no se le puede negar el título de primer descubridor de esta verdad, y propiamente inventor, porque lo determinó en fuerza de su discurso filosófico.»

Al tocar el P. Pascual este punto, en carta á Muñoz, el historiador de América, declara la sospecha de que Colón pudo conocer el libro de Raimundo Lulio, y de estar persuadido de la razón de Lulio concebiría «la firmeza de ir al ocaso», porque, dice el cisterciense: «El firme dictamen y razonamiento de Colón de hallarse grandes tierras en el Occidente, cuando no hay otro autor de donde pudiese saberlo, me hace conjeturar que lo tomó de los libros del beato Lulio; porque es constante que, según el autor coetáneo de la vida del beato Lulio, éste dejó en Génova, en poder de un amigo suyo, muchos libros, de los que pudo sacar Colón, ú otro versado en ellos, la especie que se imprimió tenazmente en su entendimiento. Puede ser que la casa de Colón fuese aquella donde el beato Lulio dejó sus obras, pues de las antiguas Memorias é Historias de Mallorca consta que Estéban Colón, genovés, que se hallaba en Bugía cuando el beato Lulio fué martirizado por los moros, pidió al rey su cuerpo, y lo tomó con intención de llevárselo á Génova, por ser muy conocido suyo y de todo Génova, donde tantas veces había estado.»

No negaré lo curioso de estas noticias, ni la fortaleza del hilo que en ellas aparece uniendo, al través de los siglos y por medio de un ascendiente de Colón, los destinos del inventor y el descubridor de América; y sin embargo, tengo para mí que Colón ó no conoció ó desdeñó el *quodlibeto* del mártir balear, otorgando en cambio atención y crédito casi absoluto á las graciosas patrañas de Marco Polo sobre la tierra de los *Seres*, los reinos del Gran Kan, el país de las especias y de los elefantes blancos con collares de pedrerías. Y la razón es obvia. Si Colón hubiese leído á Raimundo Lulio y por la admirable intuición profética de Raimundo Lulio se guiase, no hablaría de encontrar nuevo camino para las Indias Occidentales, sino de descubrir el nuevo continente que en palabras tan categóricas había anunciado Lulio. El no maliciar Colón la existencia de ese con-

tinente, indica á las claras que, ó ignoró, ó nunca paró mientes en el pasaje de Lulio.—Tal vez lo conocía, y sucedíale con él lo que al Padre Pascual, quien declara que sólo cuando advirtió que se disputaba este punto (de si más allá de las columnas de Hércules había un gran continente de tierra), «le ocurrió la especie de que siglos atrás lo había manifestado el Beato Lulio». Sea como quiera, los hechos y noticias que rápidamente expuse me servirán de fundamento para decir que, si Colón, buscando otra cosa muy distinta, encontró el continente nuevo, y por encontrarlo es digno de eterno loor y vida en la memoria de los hombres, Raimundo Lulio, por haber tenido plenísima conciencia de que ese continente existía y haberlo dicho, aunque entonces no se divulgase, merece quizá con mayor justicia el nombre de *revelador del universo* que suele atribuirse al marino genovés.

Si he conseguido llevar á vuestro ánimo la persuasión de que los Franciscanos fueron la Orden científica y la Orden viajante, y en ella fermentó la nueva era con todos sus progresos, encontraréis natural que Rogerio Bacón estableciese el método experimental siglos antes que su homónimo el canciller Bacón de Verulamio, y Raimundo Lulio revelase la existencia de América siglos antes de que la encontrase Colón. Nadie traduzca estas afirmaciones en sentido minorativo del valer del insigne y venturoso navegante. Son los hombres mármol en la cantera, y Dios un escultor admirable, un Praxiteles, que de aquella hermosa piedra elige un bloque, y en vez de destinarlo á baldosas ó á pedestales de columna, labra con él el ara donde se ha de encender el sacro fuego. Aquí el ara fué Colón, destinado á sacar á luz lo que dormía entre el polvo del viejo *quodlibeto* luliano.

Volviendo al patrocinio que en los frailes de la Rábida encontró Colón, y descartando las dudas que puede ofrecer la cronología del suceso, él es tan notorio, que cuantos autores refieren la odisea de Colón en tierra española, antes de su odisea más allá del mar Tenebroso, al lado de la protección de la magnánima Isabel, y como causa determinante de ésta, ponen la amistad y ayuda de unos pobrecillos frailes. Entre estos frailes descuellan dos que la historia ya ha conseguido, no sin trabajo,

diferenciar, pues estaban convertidos en uno solo; hoy se destacan bien, con personalidades diferentes y características, que representan la doble tendencia de la Orden: Fray Juan Pérez, el Guardián, varón de Dios, confesor de la Reina, modesto religioso que prefirió el silencio de la Rábida al bullicio de la corte, y Fray Antonio de Marchena, el sabio astrólogo y cosmógrafo, el que mejor se entendía con el genovés. Á estos dos amigos insignes tributó Colón honroso testimonio, diciendo que «mientras todos le hacían burla, sólo dos frailes le fueron constantes». Al Guardián de la Rábida, unido con el Duque de Medinaceli, se debió que Colón no pusiese por obra su proyecto de pasar á Francia: prometiéronle que, cuando la guerra contra los moros diese algún respiro, urgirían á la Reina para que le oyese y le ayudase en su intento; y entretanto, Fray Antonio de Marchena, utilizando su autoridad científica, principiaba á esparcir entre la gente de Huelva y Palos noticias favorables á los planes del genovés, creándole una atmósfera propicia. Si Colón halló dificultades y tropiezos, no se atribuya á rudeza de los entendimientos españoles, ni menos á apatía de esta raza tan aventurera, tan emprendedora, tan pródiga de su sangre. Con razón dice el jesuíta, á quien principalmente sigo ahora, que lo que Colón realmente proponía, y lo que España vacilaba en admitir, no era el bello continente americano tendido de polo á polo sobre el mar azul, sino la búsqueda por Occidente de un camino distinto del que por Oriente intentaban los portugueses al Asia; y en efecto, la Cipango del gran Kan no valía para los españoles tanto como la Granada de los musulimes, último baluarte del Profeta, nuestro sueño tradicional de nueve siglos. Por eso, hasta que pudimos esmaltar nuestro blasón con la fruta de granos de rubí, no prestaron oído á Colón los Monarcas de Aragón y Castilla, ni la seducción natural, la persuasiva facundia del italiano, pudieron obrar sobre la imaginación viva y el ánimo abierto á cualquiera grande empresa de la cristianísima reina Isabel. Así y todo, á pesar de la insinuante elocuencia de Colón, no encontrara tan bien dispuesta á la excelsa mujer, á no ser por las apremiantes cartas del Guardián de la Rábida, que comunicaron á Isabel la Católica lo que podríamos llamar el *sentido místico* del descubrimiento.

No olvidemos que en la empresa propuesta con tan meritoria tenacidad por el aventurero genovés, los frailes no veían lo mismo que los políticos, ni los políticos lo mismo que los mercaderes. Para los frailes, la invención de tierras era la continuación de la idea de expansión espiritual de su seráfico fundador: nuevas regiones equivalía á almas nuevas. Para los mercaderes, era el Catay, el Eldorado, Cipango, el Aureo Quersoneso, el país techado de oro y salpicado de esmeraldas. Para los políticos, la dilatación del suelo de la patria, la sumisión de nuevos países y nuevas gentes á nuestro Imperio ya tan magnífico. Los frailes tenían el sentido místico, y nadie podrá calcular exactamente los beneficios de este sentido que endulzó la conquista y humanizó la colonización, templando crueldades y extinguiendo codicias. Baste para ejemplo recordar una de las cuestiones más curiosas que entonces se suscitaron, elocuente señal de cómo influye en la vida práctica una idea religiosa y filosófica, abstracta al parecer. Me refiero á la cuestión de la racionalidad de los indios, negada por los colonizadores seculares, que querían esquilmar y enviar al mercado rebaños humanos, y afirmada enérgicamente por los frailes, y muy en especial por Las Casas, el cual, en toda su campaña filantrópica, no hacía más que atenerse al criterio general en las Ordenes, el que había guiado á los Franciscanos de la Edad Media al través de las estepas de Tartaria. Si los hombres de los países nuevos no fuesen racionales, no sólo caería por su base el dogma de la unidad fundamental de la especie humana, sino que sería estéril el trabajo de descubrir las Indias, tanto esfuerzo, tanta lucha, tanto peligro, la marcha providencial del descubridor rompiendo los mares. Para los frailes, Colón, ó no era nada, ó tenía que ser el «traedor y llevador de Cristo», Cristóbal, *Christum ferens*, «como en verdad—advierte el filántropo Las Casas—él haya sido el primero que abrió las puertas deste mar Océano, por donde entró y él metió á estas tierras tan remotas y reinos hasta entonces tan incógnitos á Nuestro Salvador Jesucristo y á su bendito nombre, el cual fué digno antes que otro diese noticia de Cristo y le hiciese adorar á estas innúmeras y tantos siglos olvidadas naciones». Colón fué causa de que «descubriendo estas gentes, infinitas ánimas dellas, mediante la predicación del Evangelio y

administración de los eclesiásticos sacramentos, hayan ido y vayan cada día de nuevo á poblar aquella triunfante ciudad del cielo». Este anhelo de dilatación del cristianismo, esta savia que de él quería desbordarse para derramar semilla y alzar plantel en nuevas tierras, coincidían con los signos de decrepitud de las religiones y supersticiones del mundo donde la cruz entraba victoriosa: con los lamentos que exhalaban en sus *areytos* los isleños de la Española, y en que decían gimiendo que presto vendrían de lueñes tierras unos hombres guerreros á derrocar las aras de sus númenes, á derramar la sangre de sus hijos, y á reducirles á eterna esclavitud; con los augurios del último Emperador del Perú, declarando saber «por revelación de su padre el Sol» la fatal llegada de unos invasores invencibles; con las dolorosas quejas y profecías de los sacerdotes de Yucatán, que murmuraban, como Haroldo el Normando:

«nuestros dioses son ya viejos»

y encomiaban al nuevo Dios, al Dios ignoto; con el triple cerco que velaba para los peruanos la faz de la luna; con el ave extraña que enlutaba, tendiendo sus alas, el firmamento del Imperio azteca; con todos los anuncios, presagios, señales y estremecimientos que sentía aquel mundo, análogos á los del mundo pagano al oirse en la ribera helénica la voz que decía: «ha muerto el Gran Pan.» El Gran Pan americano iba á morir también, y la inmensa, lozana, virgen naturaleza de aquellas comarcas feracísimas no dominaría ya al hombre, sino que sería dominada por él, sujeta á su voluntad y á su energía civilizadora.

Desde que las múltiples fuerzas auxiliares de Colón, los frailes Franciscanos y Dominicos, la conciencia popular—que repetía junto al fuego consejas de carabelas españolas náufragas en busca de rumbos desconocidos, de oscuros pilotos que habían encontrado tierras novísimas—la Reina ya convencida, los Pinzones animosos y ardientes, se aunaron para lograr el armamento, tripulación y salida de las carabelas; desde ese instante supremo en sus resultados, ya que no lo hubiese sido en la plenitud de la conciencia del descubridor, termina y se corona mi discurso. La Orden seráfica, sus tendencias y sus obras, vinie-

ron preparando insensiblemente, por suave modo, esa hora decisiva en la historia de la humanidad. La Orden fué para tal suceso influencia y revelación: influencia, porque el carácter positivo de la filosofía franciscana tenía que renovar la totalidad del concepto del mundo, y sus hábitos de expansión y traslación preparar el conocimiento de toda la superficie terrestre: revelación, porque uno de los grandes filósofos de la Orden, que con la Orden decayó y con su rehabilitación se ha rehabilitado, Raimundo Lulio, dejó expresamente consignada en sus escritos la existencia del Continente Nuevo.

Ante este extraordinario dinamismo histórico, yo confieso que me parece de escasa importancia la discusión sobre quién fuese el primer apóstol de América, y sobre si en efecto, al embarcarse Colón para su primer viaje, pronto hará cuatrocientos años, iban ó no iban con él, en la misma carabela, frailes Franciscanos; si entre ellos se contaba el Guardián de la Rábida, y si á él correspondió la dicha de formar de entretejidas ramas el primer oratorio al Dios vivo en el Nuevo Mundo, y sobre la primer ara elevar, con manos trémulas de gozo, la primer hostia de paz y amor. Los cronistas Franciscanos defienden esta honra de su Orden, que les disputan con no escaso aparato de argumentos los Benedictinos y los Mínimos; la crítica negativa parece llevar la mejor parte: y á la confusión, ya esclarecida, de los dos Padres Marchena, añádese la confusión todavía inextricable de los dos (ó tres) Padres Buyl, el uno franciscano, el otro benedictino ó mínimo, aquél enviado por el Papa, éste por el Rey, y ambos disputándose el honroso dictado de primeros apóstoles del Nuevo Mundo. Cuestión baladí, como toda cuestión de hechos desligados de las ideas, porque de cierto la poesía, bien dijo Aristóteles, es más verdadera que la historia, y si casi podemos afirmar que el primer apóstol del Nuevo Mundo no fué franciscano, también nos será lícito añadir que debió serlo; que el nuncio de la fe católica en las Indias occidentales, el autorizado y diputado para erigir iglesias y bautizar gentes, debió vestir el hábito de los peregrinantes por Cristo, de la Orden del Beato Lulio y los valerosos exploradores del Asia y del África.

En suma, los Franciscanos tenían ya camino abierto para cul-

tivar la viña joven. Del espíritu de caridad y rectitud con que acudieron donde tanta gente iba por sed de oro y de dominio, dan testimonio convincente las cartas de los frailes enviados para enterar á los Reyes de la gestión de los Colones en la Española; cartas que son hoy uno de los cargos más terribles contra la administración del Almirante, y uno de los mayores descargos de España y sus Monarcas en lo tocante al proceso y prisión del genovés. Aun cuando los Franciscanos debían de profesar natural predilección á Colón, al hermano terciario de su Orden (1), al protegido del Guardián de la Rábida, al llevador de Cristo, llegado el caso de informar no se mordieron la lengua, y escribieron á Cisneros, «que el Almirante é sus hermanos se quisieron alzar é ponerse en defensa.....» «que en ninguna manera permitan sus Altezas que el Almirante ni cosa suya vuelva para haber de gobernar.....» «que pues vuestra Reverencia ha sido ocasión que tanto bien se comenzase en que saliera esta tierra del poderío del rey Faraón, suplicole que ni él (Colón) ni ninguno de su nación vuelva á las islas.»

Voy á terminar, señores.

El humilde convento, donde Colón halló un ancla moral que le amarró á las costas de nuestra patria; donde tuvo sus fieles amigos, los propagandistas de su idea; aquel monumento sencillo donde la Virgen de los Milagros patrocinó el gran milagro histórico; aquel rincón donde ya no existen los pinares que recrearon los ojos del viajero inglés, donde sólo verdea la palmera solitaria que al lado de la erguida cruz de hierro, contemporánea de Colón, hiere el alma como un símbolo.....; aquel asilo de paz, que es uno de esos lugares donde el dogma consolador del progreso, de la misericordia divina y de la fraternidad humana parece cristalizarse en unas cuantas piedras, más reful-

---

(1) Véanse las dos citas siguientes, en testimonio de la devoción franciscana de Colón.

*Historia de los Reyes Católicos*, del Cura de los Palacios, cap. 131. Dice que los Reyes «enviaron por el almirante, é vino en Castilla en el mes de junio de 1492, vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de S. Francisco de observancia, é en la hechura poco menos que hábito, é un cordon de S. Francisco por devocion».

*Historia general de las Indias*, del P. las Casas (lib. 1, cap. 102). «Y él (almirante), porque era muy devoto de S. Francisco, vistióse de pardo, y yo le vide en Sevilla al tiempo que llegó de acá vestido cuasi como fraile de S. Francisco».

gentes que diamantes purísimos.....; aquel convento, repito, ante la historia, ante la tradición, ante la poesía, ante la leyenda, ante nuestra voluntad y nuestra fantasía que pide su alimento, que solicita belleza para soñar, para que se abran las fuentes del sentimiento que refrigera y conforta....., aquel convento pertenece de derecho á la Orden franciscana, no por el caso fortuito de que un día Colón llamase á sus puertas y demandase agua para su hijo, sino porque en esa Orden, nacida en la patria de Colón, alboreó y latió y se manifestó claramente la idea de un nuevo mundo, idea que en España y por España tenía que realizarse; en España donde nació Séneca el filósofo, el que en los tantas veces citados y sorprendentes versos de su tragedia *Medea* había anunciado ya con lucidez profética el mundo venidero; donde nació Raimundo Lulio, que mediante el raciocinio afirmó su existencia; donde nacieron los Pinzones, los grandes argonautas, y la Reina Católica, mujer capaz de trocar los joyeles y manillas de su tesoro por la eterna diadema que labran y enriquecen los siglos. Sí: el descubrimiento de América había de ser gloria de España, y es justo y providencial que en las playas que estábamos destinados á descubrir, se escuche hoy resonar nuestro idioma en lengua de muchas naciones, y que la raza oriunda de nuestra Península, la que lleva en las venas nuestra misma sangre, lleve también la esperanza de nuestro porvenir, y el sol, al ponerse en nuestras costas, se alce límpido y radioso en las costas americanas.

HE DICHO.



















